



ADOLFO

SUÁREZ

AMBICIÓN Y DESTINO GREGORIO

Miranda, en un principio, no se mostró partidario del referéndum sino de un plebiscito, dado que preveía una mayor resistencia en los procuradores franquistas a la Ley de Reforma Política. Tenía dudas de poder alcanzar los dos tercios de la Cámara, y la fórmula del plebiscito le parecía un acto de autoridad indiscutible, refrendado por el pueblo, que otorgaba una fuerza enorme al Gobierno para desbaratar los intentos de estrangular la reforma. Torcuato, siempre cauto y desconfiado, dudaba de conseguir los 330 votos favorables, y resultó que obtuvieron 425. Desde el Ministerio de Justicia, Landelino Lavilla daba cabida al referéndum. Al presidente, el debate entre referéndum o plebiscito le sonaba a chirimías. Había tomado prácticamente todo el plan elaborado por Torcuato, pero sin descuidar algunas ideas fundamentales del de Landelino. Por eso el triunfo fue para él agua vivificadora; ni el Estado ni los refrendos populares servían para otra cosa que para gobernar más cómodamente y más tiempo. El resto podía resumirse en vaporosas bagatelas de profesores.

Aquello que hasta el referéndum fue positivo para el presidente, se convirtió a partir de entonces en una carga insoportable. Los consejos de Torcuato debían terminar. Tenía la firme convicción de volar solo a partir de ahora. El referéndum había sido obra suya y el éxito le pertenecía. Además, Fernández Miranda se mantenía en la sombra y es muy fácil marginar una sombra; cuando quiera transformarse en realidad pública, ya habrá desaparecido.

Superado el escollo del Referéndum para la Reforma Política en su doble sentido, de cerrar el ciclo del franquismo y sus instituciones, y de entreabrir la perspectiva de una democracia con otras nuevas, superado pues este escollo mayúsculo, Adolfo Suárez creía que podía ir capeando —a su estilo, puesto que lo inauguraba— problema tras problema, quiebro tras quiebro, conforme se le fueran presentando. Ahora iba a ser él, con unas dosis de su inequívoco personalismo, quien lo afrontara todo.

Desde el 26 de marzo de 1976, unos meses antes de su ascensión a la presidencia, toda la oposición democrática se nucleaba bajo el nombre de Coordinación Democrática. Habían pasado dos años en los que las fuerzas estuvieron divididas en dos grupos, Junta Democrática y Plataforma de Convergencia Democrática. Esta división tenía sinsentidos por ambas partes; mientras en la Junta estaban, codo con codo, los comunistas del PCE con los escasos compañeros ideológicos del supernumerario del Opus Dei, Rafael Calvo Serer, y el vehemente letrado García Trevijano, en la Plataforma, donde dominaban los nuevos líderes del PSOE, junto a los caballeros cristianos del Partido Nacionalista Vasco, se sentaban los maoístas marchosos de la ORT (Organización Revolucionaria de Trabajadores) y del MC (Movimiento Comunista). La unión de marzo no anuló los contrasentidos, pero estaban prácticamente todos los que eran

algo o aspiraban a algo en la lucha frente al viejo Régimen. El mismo nombre adoptado —Coordinación— dejaba bien a las claras los límites y el alcance del acuerdo.

La obvia misión del presidente Suárez, la primera de todas, consistía en romper el frágil bloque opositor y hacerlos caminar individualmente, negociando por separado con cada una de las fuerzas. El proceso de reforma implicaba la integración de la oposición de izquierda en el juego, bien conscientemente o por neutralización. Por eso se puso a la tarea de conseguir una actitud no beligerante en los hechos, respetando el que de palabra cada cual hubiera de alimentar a su clientela y se desmelenara atacándole en público mientras negociaba en privado.

El 10 de agosto, un mes después de su nombramiento presidencial, tuvo lugar la primera entrevista de Felipe González, secretario general del PSOE, con el flamante presidente. La celebraron en casa de Joaquín Abril Martorell, hermano del entonces ministro de Agricultura, Fernando. Carmen Díez de Rivera, a la sazón secretaria política de Adolfo Suárez, escribió en la entrada de su dietario del 10 de agosto: «Se caen “de cine”. No me extraña. Son muy parecidos». Antes, el presidente ya había cambiado impresiones con otro socialista, Luis Gómez Llorente, y con el ayudante de Tierno Galván, Raúl Morodo, ambos en otro grupo de la familia socialdemócrata, el PSP.¹³ En días posteriores, el ministro de la Gobernación, Martín Villa, oscuro desvelador de las flaquezas catalanas, pues había sido gobernador de Barcelona, se entrevistó con el dirigente nacionalista Jordi Pujol. Fue una sesión preparatoria para un encuentro posterior de Suárez con dos líderes influyentes de la oposición en Cataluña, el socialdemócrata Josep Pallach —que fallecería meses más tarde— y el propio Pujol.

La filtración de estos encuentros generó reacciones más importantes y virulentas entre los ultras del viejo Régimen que entre el resto de los *partenaires* democráticos. Tras la conversación con Felipe González, el presidente frenó los contactos con la oposición. Desde el *establishment*, incluida la Casa Real, los rayos y centellas alcanzaron tan de lleno a las alturas del nuevo Régimen, que hubo de ralentizar el ritmo de penetración en el otro lado de la barricada.

El 4 de septiembre se celebró la gran reunión de la oposición unida. Siguieron manteniendo que la única vía posible era la ruptura con el Régimen, aunque la precisión dialéctica obligó a utilizar un nuevo término que parecía extraído de los arcones de la escolástica salmantina: ruptura pactada; es decir, una ruptura con el viejo Régimen pero acordada entre las distintas fuerzas, de dentro y fuera del nuevo Gobierno. Lo que en el bando contrario, y con mayor precisión semántica, se llamaría una reforma, pactada con las fuerzas de la oposición. La tarea de la reunión del 4 de septiembre en Madrid, a la que asistieron más de